



Exhibición de robots domésticos en 2019 en Pekín. LI XIN (AVALON / CONTACTOPHOTO)

NARRATIVA

Y ellos, ¿cómo nos ven?

Kazuo Ishiguro publica su primera novela tras recibir el Premio Nobel, la historia de un robot que cuida de una enferma mientras explora la esencia de la condición humana

POR JAVIER APARICIO MAYDEU

Tienda de robots domésticos. Cuando salen porque alguien los compra observan cómo somos mientras conviven con nosotros, que siendo sus creadores somos sus criaturas. Tal vez los hayamos concebido para que nos sirvan de espejo y alcanzar a conocer certezas de nuestra condición humana, y tal vez esta historia en apariencia distópica pero esencialmente humanística que nos cuenta la androide Klara cuidando de una jovencita enferma entretanto aprende qué nos define, este *bildungsroman* de un humanoide que cultiva la epistemología y va aprendiendo igual que se carga una batería, tenga más que ver con las intenciones del naturalismo de Zola que con el futurismo de Isaac Asimov o Philip K. Dick.

Klara no es muy distinta del detective Banks de *Cuando fuimos huérfanos*, que a su vez no es tan disparejo del mayordomo Stevens de *Los restos del día* u Ono, el pintor de *Un artista del mundo flotante*: los protagonistas de Ishiguro son también narradores de su propia historia, porque se buscan a sí mismos. Una vez más en la narrativa del Nobel, las apariencias engañan, los géneros se confunden y lo único que importa es la construcción de la personalidad del protagonista, y de la nuestra reflejada en la suya, a través de su proceso mental, descrito con precisión jamesiana en primera persona, con un notable grado de autoconciencia narrativa.

La Amiga Artificial, la niñera mecánica, se pregunta acerca de nuestra identidad y distinción, al mismo tiempo que indaga con sutileza sobre la soledad, el amor, el bienestar o la muerte, temas por los que el ser humano que la ha creado se siente preocupado, y así como los algoritmos arrojan información sobre nuestros hábitos de consumo, las benditas AA revelan nuestro comportamiento: “Las per-

sonas sentían a veces la necesidad de mostrar una cara diferente de sí mismas hacia los demás, como harían ante los transeúntes si estuvieran en un escaparate”.

Klara es de la familia del humanoide Adán que inventó McEwan en *Máquinas como yo* para invitarnos a entrar en el laberinto de la mora, y descendiente de ‘La niñera automática, patentada por Dacey’ que concibe Ted Chiang en el cuento de *Exhalación* para plantear cómo sería posible mejorar la educación de los niños sirviéndose de autómatas pedagogos. Y, por lo que el autor ha confesado, pertenece también al linaje de los cuentos infantiles de mediados del XVIII y comienzos del XIX, que presentaban un mundo feliz sin dejar de insinuar sus sombras. Si bien Klara entronca sobre todo con Kathy, pues la novela que nos ocupa es dueña de *Nunca me abandonas*, aquella sombría historia inolvidable en la que la joven confiesa haber descubierto no ser sino el clon enajenado de una persona, un falso humano despojado de libre albedrío.

Con la paradójica naturalidad con la que trata siempre lo trascendente, y acariciando una vez más las palabras con las que se cuestiona las conquistas de nuestro acelerado mundo tecnológico de la mano de su delicado y cauteloso estilo, Ishiguro evoca aquel prodigio del Prometeo moderno que concibió Shelley y lo lleva a la sofisticación de la inteligencia artificial, capaz de hacernos creer que la imitación del hombre es haccedera y de hacernos temer que es pernicioso; la tentativa de una definición del alma como suma de cognición, memoria, emoción y empatía, y la tentación de vislumbrar humanos que ya no la tengan.

Klara y el Sol

Kazuo Ishiguro

Traducción de Mauricio Bach

Anagrama, 2021. 334 páginas. 21 euros